

## EL SERVICIO PARA LA EDIFICACIÓN DE LA IGLESIA

(Sábado: sesión de la noche)

Mensaje seis

### La base del servicio: el fuego que procede del altar

Lectura bíblica: He. 12:29; Dn. 7:9-10; Lc. 12:49-50; Ap. 4:5; Éx. 3:2, 4, 6; Lv. 6:13

#### I. Dios es fuego consumidor—He. 12:29; Dt. 4:24; 9:3:

- A. Como Aquel que es ardiente, Dios es santo; la santidad es Su naturaleza, y Él como fuego consumidor devorará todo lo que no corresponda a Su naturaleza santa—He. 12:29.
- B. En Daniel 7:9-10 el trono del Señor era llamas de fuego, las ruedas del mismo eran fuego ardiente y un río de fuego procedía y salía de delante de Él; el fuego aquí indica que Dios es absolutamente justo y completamente santo.
- C. El Señor Jesús vino a echar fuego sobre la tierra—Lc. 12:49-50:
  - 1. La liberación de la gloria de la divinidad de Cristo consistió en echar fuego sobre la tierra—Jn. 12:24.
  - 2. Este fuego es el impulso de la vida espiritual, un impulso que procede de la vida divina liberada por el Señor.
- D. Los siete Espíritus de Dios son las siete lámparas de fuego que arden delante del trono; estas lámparas de fuego tienen por finalidad llevar a cabo la administración de Dios—Ap. 4:5.
- E. El fuego que ardía en medio de la zarza era el Dios Triuno, el Dios de resurrección—Éx. 3:2, 4, 6; Mt. 22:31-32.
- F. La palabra de Dios es un fuego que nos quema e incinera muchas de las cosas en las que ponemos nuestra confianza—Jer. 23:29; 5:14; 20:9.
- G. Aquellos que desean servir a Dios deben saber que Dios es fuego consumidor que quema y vigoriza; cuando Dios viene a la tierra, el fuego viene a la tierra, y cuando Dios entra en el hombre, el fuego entra en el hombre y arde en él—He. 12:29; Lc. 12:49.
- H. El fuego que ardía en el altar del holocausto descendió de los cielos—Lv. 9:24:
  - 1. Luego de descender de los cielos, ese fuego ardía continuamente sobre el altar—6:13.
  - 2. El fuego divino, el Dios Triuno ardiente, nos capacita para servir e incluso para sacrificar nuestras vidas—Ro. 12:11.

#### II. Todo servicio que se rinde a Dios debe basarse en el fuego que procede del altar del holocausto—Lv. 9:24; 16:12-13; 6:13; 10:1-2:

- A. El servicio que rendimos a Dios debe originarse en el fuego sobre el altar del holocausto, y nuestro servicio debe ser el resultado de que este fuego arda.
- B. Dios quería que el servicio que rendían los hijos de Israel se basara en este fuego; hacer arder el incienso era el servicio que rendían a Dios, pero el fuego usado para hacer arder el incienso tenía que ser tomado del altar—6:13.
- C. Nuestro servicio debe surgir del fuego que arde de Dios—Éx. 3:2, 4, 6.

- D. El fuego es una fuente de energía; a fin de que nuestro servicio esté lleno de energía, nuestro servicio debe pasar por el fuego sobre el altar—Lv. 6:13:
  - 1. Este fuego debiera ser la energía, la fuerza propulsora, el impulso, en nuestro interior; si tenemos este fuego, nuestro servicio provendrá de Dios, no de nosotros mismos—Lc. 12:49.
  - 2. La energía y el poder motivador para el servicio neotestamentario comenzó con fuego que procedió del cielo; el fuego que descendió sobre los pescadores galileos llegó a ser la energía y el poder motivador en ellos—Hch. 2:3.
  - 3. Este fuego arde sobre aquellos que aman a Dios, que se ofrecen a Dios, que están dispuestos a abandonarlo todo por Dios y que están dispuestos a ponerse en Su mano a fin de ser quebrantados—Lv. 9:24.
- E. El fuego que procede del altar es el poder motivador genuino del servicio—6:13:
  - 1. Lo que Dios hace respecto a nuestro servicio es enviar Su fuego para que arda dentro de nosotros—Lc. 12:49; Ro. 12:11.
  - 2. Si nos ofrecemos a Dios de manera sincera, el fuego descenderá del cielo y nos quemará; este fuego que arde llegará a ser la energía que nos mueve, y el resultado de este fuego que arde será nuestro servicio.
- F. El fuego sobre el altar produce un servicio poderoso:
  - 1. El altar del holocausto es la cruz del Señor Jesús, y el fuego es el Espíritu—Gá. 2:20; Hch. 2:3.
  - 2. La base del servicio genuino consiste en conocer la cruz y colocarnos a nosotros mismos sobre la cruz a fin de ser ganados por Dios y permitir que el fuego divino arda en nuestro interior; esto produce el servicio—Lv. 6:13; Ro. 12:11.
- G. Aquellos que experimentan el fuego que procede del altar edifican con oro, plata y piedras preciosas—1 Co. 3:12:
  - 1. Tal obra está llena del elemento de Dios, tiene el poder de la cruz y expresa a Dios—1:18; Fil. 1:20.
  - 2. Únicamente la obra que es producida por este fuego que arde es de oro, plata y piedras preciosas; la obra que no es producida por este fuego que arde es de madera, hierba y hojarasca—1 Co. 3:12.
  - 3. Llegará el día cuando la obra de cada uno será probada por el fuego; si nuestra obra es el resultado del fuego, nuestra obra resistirá la prueba del fuego—v. 13.

### **III. No debemos servir a Dios con fuego extraño, sino con el fuego que procede del altar—Lv. 10:1-2; 9:24; 6:13:**

- A. Según la tipología, el fuego extraño es cualquier fuego aparte de aquel que arde sobre el altar—10:1.
- B. El fracaso de Nadab y Abiú yace en que no usaron el fuego procedente del altar.
- C. El fuego extraño es el fuego del yo; es fuego que procede de la vida anímica, la vida carnal y la vida natural—Mt. 16:24-26; 1 Co. 2:14:
  - 1. El fuego extraño significa que la vida del yo interfiere con la obra de Dios.
  - 2. Aunque las obras son de Dios, la vida del yo quiere dictar la manera en que las obras se llevan a cabo.
  - 3. Ofrecer fuego extraño equivale a usar los métodos y la sabiduría del yo, e insistir en las propuestas que el yo hace en el servicio de Dios.

- D. Nadab y Abiú no fueron juzgados porque ellos hicieron algo que no era para Dios, sino porque ellos actuaron conforme a la vida natural e hicieron algo para Dios de una manera natural—Lv. 10:1-2.
- E. Dios le presta atención no sólo a si hay fuego o no, sino también a cuál es la fuente y naturaleza del fuego; nuestro celo debe proceder del altar—6:13.
- IV. Si deseamos servir a Dios, no debiéramos apagar al Espíritu, sino avivar el fuego del don de Dios, el cual está en nuestro espíritu, y ser fervientes en espíritu—1 Ts. 5:19; 2 Ti. 1:6-7; Ro. 12:11:**
- A. La palabra *apaguéis* en 1 Tesalonicenses 5:19 implica fuego:
1. El Espíritu arde en nuestro interior.
  2. Debido a que el Espíritu hace que nuestro espíritu sea ferviente y que el fuego de nuestro don sea avivado, no debemos apagar al Espíritu—v. 19.
- B. Hay un fuego en nuestro espíritu, y necesitamos avivar el fuego de nuestro espíritu—2 Ti. 1:6-7:
1. El espíritu en 2 Timoteo 1:7 denota nuestro espíritu humano, regenerado y habitado por el Espíritu Santo—Jn. 3:6; Ro. 8:16.
  2. Avivar el fuego del don de Dios está relacionado con nuestro espíritu regenerado—2 Ti. 1:6-7:
    - a. El que avivemos el fuego de nuestro don equivale a que avivemos el fuego de nuestro espíritu.
    - b. El fuego que debemos avivar es el del espíritu que Dios nos ha dado; debemos avivar nuestro espíritu, pues el don espiritual se encuentra en nuestro espíritu.
    - c. Si queremos avivar el fuego de nuestro espíritu, necesitamos abrir nuestra boca, abrir nuestro corazón y abrir nuestro espíritu e invocar el nombre del Señor—Ro. 10:13.
- C. Si no apagamos al Espíritu, sino que avivamos el fuego de nuestro espíritu, seremos fervientes en espíritu, sirviendo al Señor—12:11.

#### **Extractos de las publicaciones del ministerio:**

##### **EL FUEGO QUE PROCEDE DEL ALTAR ES LA BASE DEL SERVICIO QUE RENDIMOS A DIOS**

Todo servicio que se rinde a Dios debe basarse en el fuego que procede del altar del holocausto. En el Antiguo Testamento los sacerdotes hacían arder el incienso delante de Dios. Hacer arder el incienso simboliza el servicio que el hombre rinde a Dios. El fuego usado para hacer arder el incienso tenía que ser tomado del altar del holocausto (Lv. 16:12-13). Si una persona no hacía arder el incienso con el fuego tomado del altar del holocausto, es decir, si ella ofrecía fuego extraño, su servicio no era aceptado por Dios, y ella sufría el juicio de la muerte (10:1-2). Este ejemplo nos muestra que el servicio que rendimos a Dios tiene que basarse en el fuego que procede del altar del holocausto.

Cuando los hijos de Israel siguieron el tabernáculo en su recorrido por el desierto, su servicio delante de Dios comenzó con el fuego que ardía sobre el altar del holocausto. El fuego sobre el altar del holocausto descendió de Dios (9:24). Los hijos de Israel no pudieron comenzar su servicio a Dios hasta que el fuego descendió. Aunque ellos fueron liberados de Egipto por Dios, cruzaron el mar Rojo y levantaron el tabernáculo al pie del monte Sinaí, ellos no

podían servir a Dios, porque ellos no tenían una base para su servicio. La base de su servicio fue el altar del holocausto con fuego ardiendo sobre él. No era suficiente tener sólo el altar del holocausto. El altar debía tener el fuego que descendió de Dios.

Dios libró a los hijos de Israel de Egipto para que ellos le sirvieran a Él (Éx. 3:12; 9:1). Después que los israelitas fueron rescatados de Egipto, ellos estaban en una posición en la cual podían servir a Dios. No obstante, ellos no pudieron servirle porque no tenían el altar. Incluso después de que el tabernáculo fue levantado y el altar del holocausto fue puesto ante la entrada del tabernáculo, los hijos de Israel todavía no podían servir a Dios, pues el fuego aún no había descendido del cielo. Al comienzo de Levítico, Dios estaba delante de los israelitas, pero ellos todavía no le podían servir. No fue sino hasta el capítulo 9 que Dios los guió a que hicieran lo necesario para que el fuego descendiera del cielo.

Ofrecer el holocausto era el prerrequisito para que el fuego descendiera del cielo. Meramente tener el altar no era suficiente; el holocausto tenía que ser colocado sobre el altar. Después que el sacrificio del holocausto fue inmolido, despellejado, cortado, lavado y colocado en el altar, el fuego pudo descender del cielo. Dios quería que el servicio que rendían los hijos de Israel se basara en este fuego. Hacer arder el incienso era el servicio que rendían a Dios, pero el fuego usado para hacer arder el incienso tenía que ser tomado del altar. Por tanto, el servicio que rendimos a Dios debe originarse del fuego sobre el altar del holocausto, y nuestro servicio debe ser el resultado de que este fuego arda.

En vez de usar el fuego del altar, Nadab y Abiú usaron su propio fuego para hacer arder el incienso en su servicio a Dios (10:1). Consecuentemente, su servicio no fue aceptado por Dios, y ellos sufrieron el juicio de la muerte (v. 2). Este incidente es una advertencia de parte de Dios de que nuestro servicio debe basarse en el fuego del altar del holocausto. No podemos usar ninguna otra energía aparte de este fuego. Cada ítem del servicio de los hijos de Israel delante de Dios provenía del fuego que ardía sobre el altar del holocausto.

El fuego es una fuente de energía. Todo lo que se mueve en el mundo físico utiliza energía, y la energía se produce al arder. A fin de que nuestro servicio esté lleno de energía, nuestro servicio debe pasar por el fuego sobre el altar. Esto no es un fuego extraño, el cual proviene del hombre y de la tierra. Más bien, esto es fuego santo. Este fuego proviene de Dios y del cielo. Nuestro servicio tiene que surgir del fuego que arde de Dios. Este fuego debiera ser la energía, la fuerza propulsora, el impulso, en nuestro interior. Entonces nuestro servicio provendrá de Dios, no de nosotros mismos.

Dios aceptó el servicio de los israelitas en base al fuego proveniente del altar del holocausto. Poco después de que entraron a la tierra de Canaán, los hijos de Israel fracasaron, llegaron a estar desolados, y el Arca fue tomada. Como resultado, el pueblo no pudo servir a Dios apropiadamente. Después de un periodo de desolación, David fue levantado por Dios. David tenía un deseo de servir a Dios y edificar una casa para Dios. Este deseo fue cumplido por su hijo Salomón. Después que Salomón terminó de edificar el templo, él tomó el altar de bronce, el altar del holocausto, y lo puso en el templo. Él también ofreció sacrificios y el holocausto sobre el altar (2 Cr. 7:1). En aquel tiempo, el servicio a Dios fue reanudado.

Por tanto, el servicio de los hijos de Israel en el templo estaba basado en el fuego proveniente del altar del holocausto. Cada vez que ellos hacían arder el incienso y servían ante Dios, ellos tenían que pasar por el altar del holocausto. Ellos tenían que usar el fuego tomado del altar para hacer arder el incienso. El fuego se mantuvo ardiendo sobre el altar continuamente hasta la destrucción del templo (Lv. 6:13).

Cuando el Señor Jesús estaba en la tierra, Él era el tabernáculo de Dios, el templo de Dios

(Jn. 1:14; 2:21). Todas las personas que tenían el deseo de servir a Dios tenían que servir por medio del Señor Jesús. Ellos tenían que acudir a Él. El Señor también erigió un altar —la cruz en Gólgota— y se ofreció a Sí mismo sobre él como holocausto. Luego, un día el fuego descendió. Este fuego era el Espíritu Santo (Hch. 2:1-4). El propio Señor Jesús estuvo dispuesto a ir a la cruz y ofrecerse a Sí mismo a Dios. Él también guió a Pedro, Juan, Jacobo y el resto de los que le amaban y seguían a que se ofrecieran a Dios, así como Él lo hizo. Por tanto, Dios los aceptó como aroma de Cristo que le satisface (cfr. 2 Co. 2:15). Antes de Pentecostés, ciento veinte personas que amaban a Jesús se reunieron en un aposento alto en Jerusalén (Hch. 1:13-15) y se ofrecieron ellos mismos a Dios. Como resultado de ello, el día de Pentecostés el Espíritu descendió sobre ellos como lenguas de fuego. Éste fue el comienzo del servicio neotestamentario. El servicio neotestamentario comenzó el día de Pentecostés con el fuego que descendió y comenzó a arder.

La energía y el poder motivador para el servicio neotestamentario no se originó en el hombre, es decir, en los pescadores galileos. La energía y el poder motivador para el servicio neotestamentario comenzó con fuego que procedió del cielo. El fuego que descendió sobre los pescadores galileos llegó a ser la energía y el poder motivador en ellos. Después del día de Pentecostés, ellos pudieron hablar por Dios, predicar el evangelio, salvar pecadores y establecer iglesias. Los discípulos no fueron la fuente de poder para su obra. La fuente de aquel poder era el cielo; el poder vino del fuego que descendió del cielo.

Para el tiempo de Pentecostés había un gran número de personas en Jerusalén. Sin embargo, el fuego descendió solamente sobre los ciento veinte, pues ellos estaban sobre el altar del holocausto. El fuego del Espíritu desciende únicamente sobre el altar del holocausto. Éste no era el fuego del juicio que vendrá en el futuro. Éste era el fuego de la salvación (Lc. 12:49). Este fuego arde sobre aquellos que aman a Dios, que se ofrecen a Dios, que están dispuestos a abandonarlo todo por Dios y que están dispuestos a ponerse en Sus manos a fin de ser muertos y quebrantados. El servicio que ellos rinden a Dios es el resultado del fuego que arde. Ya sea en el tipo visto en el Antiguo Testamento o en la realidad neotestamentaria, el servicio que el hombre rinde a Dios siempre proviene del fuego del altar.

#### **EL FUEGO QUE PROCEDE DEL ALTAR ES EL PODER MOTIVADOR GENUINO DEL SERVICIO**

Lo único que Dios hace respecto al servicio del hombre es enviar Su fuego para que arda dentro del hombre. Servir a Dios y obrar para Él significan que el hombre está unido a Dios y está mezclado con Dios. Tal parece que el hombre sirve a Dios. No obstante, el servicio proviene de Dios; no tiene su origen en el hombre. El servicio es Dios que se mueve a través del hombre. Sin el elemento humano, no puede haber servicio. Sin embargo, si sólo está el elemento humano, el servicio no es aceptable a Dios. A fin de que nuestro servicio tenga valor espiritual y sea aceptable a Dios, Él debe moverse a través de nosotros y servir a través de nosotros. Éste es el propósito del altar. Dios está llamando a aquellos que le aman y desean satisfacer el deseo de Su corazón para que se ofrezcan ellos mismos sobre el altar.

En Romanos 12:1 el apóstol Pablo nos exhorta a que presentemos nuestros cuerpos en sacrificio vivo. Esto quiere decir que debemos pagar el precio para abandonar todo lo que proviene de nosotros mismos. Si estamos dispuestos a presentarnos a nosotros mismos sobre el altar, el fuego divino descenderá sobre nosotros y pasará a través de nosotros. El resultado de este fuego que arde será nuestro servicio, nuestra obra. Por un lado, tal obra podría considerarse como nuestra obra, pues tenemos parte en ella; por otro lado, no es nuestra obra porque no proviene de nosotros. Esta obra es Dios que obra a través de nosotros al estar unido a nosotros.

Por un lado, fue Pedro quien se puso en pie el día de Pentecostés para predicar el evangelio (Hch. 2:14-41); por otro lado, fue Dios quien predicó el evangelio. Fue el fuego de Dios que ardía en Pedro y hablaba a través de Pedro. Éste es un ejemplo del hombre que fue ganado por Dios y de Dios que fue ganado por el hombre. Dios y el hombre estaban unidos y mezclados juntamente.

Éste es el servicio que Dios desea. Cuando el hierro es purificado en el fuego, el hierro parece ser tragado por el fuego, pero al mismo tiempo, el fuego parece arder en el hierro. El hierro se vuelve rojo porque el fuego arde en el hierro. Entonces el fuego arde dondequiera que el hierro es colocado. Podríamos decir que es una vara de hierro, o podríamos decir que es una bola de fuego. El fuego y el hierro llegan a ser uno solo. Éste es un ejemplo del servicio y la obra cristianos.

El servicio cristiano genuino no proviene del hombre. Más bien, el servicio cristiano genuino es Dios que se mueve a través del hombre. Dios no obliga al hombre a recibirle. Dios ha erigido un altar, y aquellos que están dispuestos, aquellos que le aman, pueden acercarse voluntariamente para ser tratados, quebrantados y puestos sobre el altar. Tal persona puede decir: “Señor, aquí estoy. Mi único deseo es satisfacer Tu necesidad”. Si nos ofreciéramos sinceramente de este modo, el fuego descenderá del cielo y nos incinerará. Este fuego que arde llegará a ser la energía que nos mueve. El resultado de este fuego que arde será nuestro servicio. Dios quiere que Su fuego arda en nosotros.

#### **LA OBRA PRODUCIDA POR EL FUEGO QUE ARDE ES ORO, PLATA Y PIEDRAS PRECIOSAS**

Aquellos que experimentan el altar del holocausto edifican con oro, plata y piedras preciosas (1 Co. 3:12). El oro se refiere a la vida y naturaleza divinas. La plata se refiere a la redención efectuada por Cristo y al principio de la cruz. Las piedras preciosas se refieren a la imagen de Dios. La obra que efectúan los creyentes que experimentan el altar del holocausto está llena del elemento de Dios, tiene el poder de la cruz y expresa a Dios.

Aquellos que no experimentan el altar del holocausto obran conforme a lo que ellos son. Ellos edifican con madera, hierba y hojarasca (v. 12). La madera se refiere a la naturaleza del hombre natural. La hierba se refiere al hombre de la carne (1 P. 1:24). La hojarasca se refiere a las cosas que crecen en la tierra, las cosas terrenales. Los métodos humanos y las prácticas comunes en la sociedad son de la tierra, no del cielo. Las piedras preciosas denotan la atmósfera celestial; en contraste, la hojarasca denota la situación terrenal. Únicamente la obra que es producida por este fuego que arde es de oro, plata y piedras preciosas. La obra que no es producida por este fuego que arde es de madera, hierba y hojarasca.

Llegará el día cuando la obra de cada uno será probada por el fuego (1 Co. 3:13). Si nuestra obra es el resultado del fuego, nuestra obra resistirá la prueba del fuego. El oro, la plata y las piedras preciosas provienen de Dios y son producidas mediante Su fuego que arde. Como tal, la obra de oro, plata y piedras preciosas resistirá ser probada por el fuego de Dios. Además, aquellos que llevan a cabo tal obra recibirán una recompensa (v. 14). Si nuestra obra es conforme al hombre natural, es por la carne y es terrenal, es de madera, hierba y hojarasca. Cuando la obra de cada uno se manifieste por el fuego, tal obra no resistirá la prueba, sino que será consumida, y nosotros sufriremos pérdida (v. 15). (*The Service for Building Up of the House of God*, págs. 19-23, 27-28)